

En olor de santidad

La muerte y el entierro de
fray Juan de la Cruz.
Capítulo último de la novela
El preso de la ballena, 2013

en los primeros días de julio de 1591 fray Juan de la Cruz llegó a pie al ermitorio de la Peñuela en compañía de un fraile donado. El lugar era una alquería con un huerto, un garbanzal y unas hazas de trigo entre pinos y matorrales al pie de Despeñaperros, no lejos del camino real y a no más de tres leguas de Andújar. El sitio se había despoblado cuando el concilio de Trento obligó a los ermitaños a ingresar en una orden religiosa, pero no mucho tiempo después habían vuelto algunos hombres para llevar en aquellos andurriales fragosos una vida montaraz, sin sujeción a regla o superior que no fuera su propio arbitrio. Los más no tenían propósito de vida religiosa, sino salvaje, pues venían huidos de las ciudades, donde era tanta la necesidad y tan grande la inseguridad, que, pobreza por pobreza, era mejor vivir en campo abierto, libres y sin miedos. En aquellos años, unos por insatisfechos, otros por soñadores y los más por desheredados de la fortuna, eran legión los que buscaban la aventura en las guerras de Flandes o se

*Retiro
en la
Peñuela*

embarcaban a las Indias o, sin llegar a tanto, escapaban en pos de una vida retirada.

La huida de las ciudades a los desiertos no solo era sueño de hombres a la deriva, sino moda entre mujeres principales que se sentían presas de su condición. Meses antes de llegar fray Juan a la Peñuela se habían presentado allí tres señoras que deseaban vivir a su aire, sin sujeción a padre, marido o confesor, libres y desembarazadas como pájaros, encantadas en la naturaleza como las ninfas o las pastoras de las églogas, y sin otra obligación que el ejercicio gozoso de su libertad. Una de ellas decía que componía versos y que leía latín. Las tres querían formar una comunidad sin reglas, sin hábito y sin relación alguna con los frailes. Pero el prior, no sin dificultad, había logrado ahuyentarlas.

Cuando llegó fray Juan de la Cruz a la Peñuela, eran nueve los cenobitas que se sometían a la norma mitigada entre media decena de hombres greñudos, con aire de locos, que hacían una vida no menos rigurosa que ellos. El Reformador ya conocía el ermitorio, pues lo había visitado por primera vez diez años antes, al volver de Ávila de buscar a la madre Teresa, y dos veces más en sus correrías de visitador por Andalucía. En todas esas ocasiones se había salido adrede del camino para hallar silencio

y orear el alma en la soledad de la montaña. Arrodillado junto a la peña blanca que daba nombre al lugar, juntas las manos para orar y el rostro alzado hacia el cielo, componía una piadosa estampa de ermitaño primitivo.

El prior carmelita recibió a fray Juan con tanta extrañeza como respeto, pues ni lo esperaba ni tenía noticia del tormentoso capítulo recién clausurado en Madrid. Su consideración se debía a que había sido discípulo suyo en los Mártires de Granada, de él había recibido el hábito, lo tenía por santo y admiraba sus versos y escritos.

—Vengo a quedarme —dijo fray Juan—. Ahora soy su súbdito.

Se aturdió el prior, que no llegaba a los treinta, con la inquietud del estudiante que ha de agasajar a un antiguo maestro, al que considera viejo —y por tal tenía a fray Juan, aunque no llegaba a los cincuenta—. Así es que se esforzó en ser afable y hospitalario, hasta el punto de rozar lo servil.

—Le mostraré la casa. ¿Es que viene castigado a este desierto, reverendo padre? —bromeó solicitó, sin sospechar que su huésped venía a cumplir una condena de ostracismo.

—Este retiro es un premio para mí.

—Pero... ¿y su cargo de Definidor?

—El único cargo que ahora tengo es ser buen carmelita. No es poca cosa.

—Pero aquí...

—Santa soledad.

Azorado, el prior no sabía qué acomodo darle, pero se creyó en el deber de reparar lo que consideraba una humillación al Reformador de la descalcez. Le enseñó la ermita encalada, el desvencijado almacén con aperos y la casita comunitaria, que era rústica, apretada y poco acogedora. La cocina y el refectorio eran una pieza, con un lar con trébedes y dos tablones por mesa, paredes ahumadas, una alacena con cacharros y un mechinal con media decena entre libros y cuadernos.

—Aquí no hay mucha afición a la lectura ni al estudio. Abrió el prior la puerta de un cuarto que llamó enfermería en el que había dos camastros y le mostró luego el aposento paredaño, que no era más cómodo ni más espacioso, pero contaba con una cama con colchón de lana y una mesita.

—Puede acomodarse aquí, si es de su gusto. Se reserva para una autoridad o un viajero importante.

—Entonces no es para mí.

—Y este es el dormitorio común. Más parece de soldados que de frailes. Los de nuestra religión

preferimos dormir en el monte, excepto en los días muy crudos. Cuando era novicio en los Mártires, su reverencia me decía que un monje sin celda o sin cueva es como caracol sin concha.

Había en la pieza hasta una decena de catres de paja muy juntos y alineados en el suelo. Esto la hacía muy incómoda, y por ello solía estar desocupada, y más en estas fechas del año en que las noches son calurosas, incluso en aquel paraje montuno. Los acogidos en la Peñuela, fueran carmelitas o buscadores de no sé qué paz ajena a la compañía, no solían echar raíces. El más antiguo llevaba siete años.

Fray Juan, harto fatigado con las atenciones del superior y de su muy andaluza locuacidad, repitió que él no quería prebenda, merced ni trato de favor, y como estaba en sazón el estío quería apartarse y dormir bajo las estrellas.

—Padre Juan, tómese el tiempo a su anchura.

—Por fin, solos mi alma y Dios. Pero soy su súbdito.

Lo liberó el prior de los trabajos ordinarios y de someterse al horario de rezos de la comunidad, que era muy relajado. Él lo agradeció, pero prometió no señalarse con ningún privilegio. Desde el día de la llegada quiso vivir apartado, dormía al sereno sobre

una estera, se levantaba antes del lucero del alba para rezar junto al desmedrado arroyo, y se escondía a las horas abrasadoras de sol bajo un pino o en una choza que él mismo levantó con cuatro palos y un techo de ramaje de escobera. Por las tardes se perdía por los montes de alrededor para cansar el cuerpo y a veces para contemplar la puesta de sol, como aquella vez en Lisboa, pero sin el desasosiego ni la melancolía de entonces. Uno de esos atardeceres le vino a la cabeza la melodía de versos de siete y once sílabas que hacen una lira, y al instante la recubrió de palabras como se llena el molde con la pasta de un bizcocho: “en la hora violeta, cansado caminante que vas melancólico al ocaso...” Pero desdeñó la poesía porque le pareció vana, propia de poetas cortesanos, y porque el buen cristiano no encara la muerte con tristeza.

De noche no dormía ni cuatro horas y de día solo una siesta discreta, pero no perdía el tiempo. Rezaba, se adentraba en la meditación interior, leía, escribía cartas y retocaba versos como quien lima un hierro tosco de una canción que había iniciado en Granada, de solo cuatro estrofas y veinticuatro versos, pero de todas las poesías que había compuesto era quizás la que declaraba con más emoción el deseo del alma enamorada de hallar al

ama- do, deseo que abrasa y da placer, que es llaga tierna, luz que ciega los sentidos, gozoso desvanecimiento. El deseo, esa llama de amor viva, que así se titulaba la canción.

Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivia
acaba ya si quieres,
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

Como era el tiempo de la cosecha, fray Juan bajaba a trabajar en el garbanzal y a ayudar en la trilla del cereal poniendo en esta labor más voluntad que fuerza y mañas. Se dejó barbas, que acentuaban la piel curtida del cráneo mondo. Para no parecer uno de aquellos salvajes o un fraile con regalías, acudía a los rezos comunitarios y a la misa del domingo. Así fueron pasando los largos días de julio y agosto, con mucho contento en aquel lugar de soledades. Escribió al padre Antonio de Jesús, que era el nuevo visitador de Andalucía, para ponerse a su servicio. «Estoy muy agradecido al padre Doria por haberme favorecido con el retiro a este lugar desierto. Obedecerle es un galardón, y esto va muy en conformidad con nuestra regla, pues *auctoritas*,

*non veritas, facit legem*¹. Porque a mi entender la verdad es cosa que ha de buscarse en uno mismo, en los adentros, en los repliegues del alma. Es el caso que ahora estoy en la Peñuela, sujeto a su autoridad. Vea vuestra merced lo que quiere que haga.» También le decía en la carta que estaba muy bien, porque la anchura de aquel lugar ayudaba al cuerpo y al espíritu. «El Señor me favorece con mucha paz y contento, aunque el alma no deja de padecer momentos de acedía y sequedad. Sierra Morena no es el monte Ventoso, pero sé que en la montaña el demonio tienta con más sutilezas. Lo tendré a raya.» El antiguo prior de Valladolid se extrañó de tantas confidencias en un hombre tan hermético, y desde Sevilla le contestó con afecto, liberándolo de cualquier obligación. «Haga su voluntad y, si viene al caso, elija el convento de mi jurisdicción que más se le acomode. Ya me las apañaré con el banquero», añadía, aludiendo al general padre Doria.

A mediados de setiembre, diez semanas después de la llegada a la Peñuela, fray Juan de la Cruz advirtió en el empeine del pie derecho un granillo del tamaño de un maravedí que a los tres días dio en ampolla rojiza. No dijo nada, pero como la vejiga se

¹ La autoridad, no la verdad, hace la ley

inflase y soltara agüilla verdosa y fueran inútiles los vaciados de pus que él mismo se hacía, determinó consultar a otro ermitaño que tenía ciencia acreditada de “romancista”, como llamaban a los que ejercían de médicos sin haber pasado por la universidad de Granada. A este físico, que no era fraile, sino hombre aficionado a estudiar las plantas y las costumbres de las aves, le bastó ver el color de la mancha y la turgencia de la ampolla para dictar sin dudas su pronóstico con palabra académica.

—Es isípula.

Y como no quería pasar por brujo o curandero de zoco, de los que tanto abundaban en los pueblos y ciudades de Andalucía, tomó el pulso del enfermo con atención y modales de licenciado por Bolonia.

—Tiene fiebre. ¿Desde cuándo, padre Juan?

—Las calenturillas van y vienen.

—Voy a pinchar la vejiga para que supure la materia.

Así lo hizo con una lanceta tosca.

—¿Duele?

—Peor fue la llaga de Jesús en la Cruz. Apretando los bordes, vació la llaga purulenta y aplicó un emplasto de plantas silvestres de las que recogía, maceraba y guardaba en botes. Para la disípela o erisipela, como decía el vulgo, iba muy

bien el cocimiento de aloe y limón. Hecha esta labor, vendó la herida, advirtiéndole que debía lavarse con agua caliente y orearla a menudo, pero sin que le diese el sol.

—En cuatro o cinco días hemos de ver la sanación.

Pero la llaga no solo no se secó en el plazo señalado, sino que creció llena de pus amarillento hacia la pierna. Las calenturas iban y venían, pero con picos más ardientes. El enfermero no sabía que experimentar y el prior se alarmó tanto que determinó enviar al enfermo a Baeza, donde había doctores con mucha fama en el hospital de Santiago.

—Mañana sale de camino, padre Juan.

—¿Es menester? Esto sanará, si Dios lo quiere. Turbado, el prior desvió la vista de la llaga, consultó con la mirada al romancista, que se encogió de hombros, y dijo:

—Padre, ¿no nos decía que la primera regla del descalzo es la obediencia? Ayer fui su súbdito, hoy soy su superior. El soldado ya es capitán.

—Entonces, por caridad, envíeme a Úbeda. En Baeza soy muy conocido y no me dejarán en paz.

—En eso puedo contentarle.

Al día siguiente, día veinticinco de setiembre, fray Juan de la Cruz salió de la Peñuela al clarear el día a lomos de un macho mohíno guiado del ronzal por el mismo fraile donado que lo había acompañado desde Madrid. Dos jornadas les llevó el viaje de doce leguas hasta Úbeda, y fue viaje tranquilo, porque el enfermo no se quejaba, ni sucedió nada digno de reseñar, sino que el sol caía a plomo con toda su furia. Hicieron noche a las afueras de un caserío llamado Arquillo, entre el Guadalén y el Guadalimar, el río que traía aguas del Calvario, y al caer la tarde entraron en la ciudad por el llano del Salvador para tomar la recién empedrada calle Nueva, donde estaba la casa descalza, abierta cuatro años antes gracias a la donación del caballero veinticuatro² don Pedro Segura tras escuchar un florido sermón del padre Gracián que, a su entender, superaba en belleza, imágenes y conceptos a los de Juan de Ávila, Luis de Granada y otros famosos predicadores. *El doctor Villarreal*

Majaba el doctor Villarreal un compuesto tranquilo para sujetar la melancolía y las congojas

² En las ciudades andaluzas el veinticuatro era un regidor, un concejal, elegido por su nobleza o riqueza.

que sufría doña Catalina de la Cueva, cuando le sobresaltaron recios aldabonazos en el portón de la calle. ¿Quién le requería con tantas prisas y a aquellas horas? Los golpes no quebraron los gritos y llantos de los niños en el patio —eran cinco— y el guirigay de los pájaros que buscaban acomodo para la noche cercana. El calor era insufrible aquellos días, como si el verano no fuese a acabar nunca.

Igual que un puntilloso batihaja, siguió el doctor triturando en el almirez de bronce briznas de hierba ballestera, hojitas de culantrillo —que aclaran la sangre—, lengua de buey con agua de borraja —que purga el hígado— y miel de romero, cuando se entreabrió la puerta del aposento atestado de libros, botes, tarros, ampollas, redomas, plantas y raíces, y asomó la cabeza una criadita vestida a la morisca, pero que hablaba en castellano tan bien cortado como el mejor.

—Señor, es un fraile carmelita. Ruega que vaya presto al convento de San Andrés a tratar a un enfermo.

Y tras una pausa añadió:

—Al padre Juan de La Cruz.

¿El fundador de tantos conventos? ¿Aquel santo que tenía arrobos y suspensiones? ¿El mismo al que atribuían milagros y favores divinos? El doctor

Villarreal apartó el mortero, se lavó las manos en una jofaina de barro, se quitó el delantalillo de cuero y aparejó el estuche de herramientas. Como estaba en camisa, se puso el jubón de mangas abullonadas, se caló el sombrero, empuñó el maletín de madera donde guardaba con mucho orden pinzas, cauterios, lancetas, punzones raspadores y cuchillas que él mismo había diseñado y encargado a un cuchillero de Albacete, y salió a la calle. Moraba en la plazoleta de los Porceles.

—Manda el prior que obremos con sigilo —dijo el lego recadero al verlo.

—¿Desde cuándo está enfermo el padre Juan?

—Llegó de la Peñuela hace un rato.

El doctor Ambrosio Villarreal rara vez salía en mula a los cortijos, pero era frecuente verlo por las calles de la ciudad.

Era licenciado, y por tanto cirujano de academia, no de cuota, y muy reputado en su oficio. Su figura flaca siempre de negro de la cabeza a los pies, el rostro severo, pues era poco hablador, el tranco largo y el andar grave con la caja de herramientas infundían tal respeto y temor que al verlo en la calle unos se santiguaban, otros se apartaban como de la bicha y los más lo tenían por lacayo de la muerte. Para conjurar estos malos agüeros no faltaba quien

lo apodaba el doctor Luto, y a ello contribuía su negra barbita recortada, sus ojos negros bajo el negro sombrero, que era como el de los gañanes, pero no de paja, sino de fieltro y ala rígida. Causaba temor, como se ha dicho, pero nadie ponía en duda su ciencia, al punto de que atendía a las dos familias principales de Úbeda —los Cuevas y los Afán de Rivera—, que lo reclamaban muy discretamente en casos desesperados porque iba en desdoro de su linaje compartir el médico con los desdichados del hospital de Santiago y porque la sangre marrana del doctor Villarreal no lo hacía muy católico cristiano.

También en la casa carmelita acogieron al doctor Villarreal como a espía o conspirador. El rector no quería que se conociese la presencia de fray Juan de la Cruz en su convento, y como tenía con él cuentas pendientes, lo había alojado en un cuchitril angosto al final del pasillo, sin ventana, muy húmedo, que tenía más de trastero o mazmorra que de celda monástica.

Se sorprendió el doctor Villarreal el entrar en el cuarto, alumbrado por la llama de una lamparilla puesta en un mechinal. Había un camastro con un jergón, un orinal de barro en el suelo y una mesita con un tazón de sopicaldo y un jarrillo de agua, y

nada más, ni una silla, ni un crucifijo o cuadro piadoso en la pared descarnada.

—Tiene calentura y media pierna podrida —dijo el prior.

El físico vio en el catre un bulto encogido bajo una manta áspera de la que sobresalía un cráneo pelón, forrado de cuero curtido al sol.

—¿Cómo está, padre Juan? Soy el doctor Villarreal.

El médico se sentó al borde del lecho y tomó la mano del enfermo. La vena se palpaba muy bien, pues la muñeca era una piel fina adherida al hueso. Los pulsos latían desbocados. *primera cura*

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y nueve.

El doctor alzó la manta borriquera, que competía en suciedad con la de un soldado —“puede que tenga chinches y piojos”—, agarró la pierna derecha y comenzó a desenrollar la venda no muy limpia que la envolvía de la rodilla a los dedos del pie. Descubrió una llaga negra y una cordillera de pústulas cuyo olor apestoso le llegó a la cara, y aunque estaba avezado a curar bubas en el hospital de Santiago, no pudo evitar un mohín de extrañeza. Sostenía el doctor Villarreal que no había mejor medicina contra las enfermedades que el aseo

personal y la limpieza de las calles, que eran un pestilente muladar. En su opinión el aire corrupto era causa de la propagación de muchas infecciones, no sólo de catarros, influencias y tabardete, sino de otros males incurables. En el hospital de Santiago, formidable palacio con sus dos torres, gran patio y escalera imperial, acabado dieciséis años antes, en 1575 con treinta camas para hombres y veinte para mujeres, aunque en días de epidemia acogía, o por mejor decir, almacenaba el doble o el triple de enfermos, exigía restringir las visitas, abrir ventanas y que enfermeros y limpiadoras se lavaran a menudo las manos con jabón, que las sábanas —si las había— estuvieran limpias y que se fregasen los suelos con lejía, así como platos, cubiertos de madera y jarras para que todo estuviera “estéril”. ¿Estéril? Era una palabra que no apeaba de la boca. ¿Estéril una cazuela? Ojalá los peroles del hospital, de ordinario aguados y escasos, engendraran perdices guisadas al romero. A pesar del crédito que tenía, no se le hacía mucho caso, pero él tenía un argumento innegable: ¿por qué el mismo mal mataba a más pobres que a ricos, si no era por el aseo? Tanta era su insistencia en las prácticas de limpieza con jabones, lejías, guantes, toallas, sábanas y almohadas lavadas, que los enfermeros se

burlaban de él llamándolo doctor Estéril. El administrador del hospital se encalabrínaba cuando oía demandar esas gollerías y delicadezas, como si le sobraran dineros para comprar comida, ropas, leña y medicamentos. Aún iba más lejos el doctor Villarreal en sus demandas, pues quería que el barbero y el boticario que pasaban visita con él en la sala de apestados y enfermos de morbo gálico se pusieran un tapabocas, como él solía hacer. En un primer momento los enfermos se espantaban de verlo con mascarilla, como amordazado, y con una lanceta en la mano, pero operaba con celo tan delicado, cuidando de no causar dolor, que le profesaban respeto y mucha fe. Y tras tocar a un sarnoso o alguna herida purulenta, pedía siempre lavarse las manos. El celo en la limpieza, las prácticas lavatorias, la afición a los tratamientos de yerbas y emplastos, la fama de poco rezador, aunque iba a misa de diez los domingos, su trato poco cortés y, más que nada, que descendía de una familia conversa asentada en Cuenca, todo eso lo hacía sospechoso a los ojos del administrador del hospital y de las familias principales de la ciudad. Era cierto que la pincha, como llamaban los de esa raza a la Inquisición, nunca lo había molestado. Pero judaizara o no, el doctor Villarreal gozaba como

físico de reputación notoria, y en los casos graves las familias de mayor linaje de Úbeda lo reclamaban sin reparar en las tachas que le atribuían. Lo que sí había logrado era mejorar el trato a los leprosos de San Lázaro y desterrar del hospital de Santiago los palos y las tundas con que allí, como en muchos lugares de España, se castigaba a los que ingresaban con pústulas y bubas genitales, en especial si eran mujeres de mancebías.

No había duda: era isípula. Examinó el doctor Villarreal la hinchazón costrosa y la palpó con delicadeza, y, hecho esto, repasó las vejigas amoratadas del pie. Abrió luego el estuche y de un bote sacó unas cortezas y hojas de palo santo, las echó en el pocillo y rogó al prior que hiciera un cocimiento añadiendo un buen chorro de aceite. Este tratamiento hacía maravillas contra el mal de bubas y lo completaba con un unguento de azogue, según la receta del famoso médico segoviano Andrés Laguna, que había probado su excelencia para la malignidad de las pústulas. Molesto de que le tomara por su ayudante, el prior fray Francisco Crisóstomo abandonó el umbral y desapareció con paso airado.

—Ahora le dolerá, padre —dijo el doctor.

Sacó de la caja una lanceta y de un tajo certero sajó la pústula más abultada, que reventó manando mucha pudre. Apretó los bordes de la llaga al tiempo que con una finísima paleta de madera vaciaba la espesa materia de color amarillento, y todo eso lo hizo muy despacio y con mucho tiento. Tomó luego una gasa empapada en alcohol de vino —el *aqua ardens*, que decían los latinistas reacios a emplear la palabra aguardiente—, desinfectó el cráter de la llaga y los bordes de los bubones. El enfermo no se movió.

—¿No le ha dolido?

—¿Qué me ha hecho, señor licenciado?

El doctor Villarreal miró al enfermo extrañado no de su aguante, sino de que en el estado lastimero en que se hallaba, con apariencia cadavérica, hiciese pujos de buen humor.

—He abierto las vejigas con la cuchilla, he apretado los labios de la herida, he rozado el hueso. ¿Eso no duele?

—*Deo gratias*. Si es menester cortar más, corte enhorabuena.

Continuó el médico su labor con los demás tumores, uno a uno, con esmero, sin decir nada, dejando al descubierto la canilla. Entretanto había vuelto fray Francisco Crisóstomo, que contempló

demudado la escena desde la puerta, los brazos delante del pecho, las manos escondidas en las amplias mangas del sayal. Y llegó un punto en que no pudo contenerse.

—¡Qué arte el vuestro, padre Juan! —exclamó desabrido—. Así os desuellen vivo, no aparentaréis flaqueza. Por orgullo. Claro, sois santo, estáis más allá de este mundo hasta en la manifestación del dolor. ¿Quejarse es de pecadores?

Y se fue, dejando al médico a solas con el enfermo. El prior de San Andrés, fray Francisco Crisóstomo era hombre de talla mediana, tirando a grueso, cara de luna, ojos saltones y cabeza pequeña, por lo que debía ser de temperamento fogoso y de no de muchas luces. Había recibido a fray Juan de la Cruz con manifiesta hostilidad. La casa de Úbeda, pegada a la muralla, era reducida y pobre, con cabida para no más de diez frailes, todos ellos mal aparejados. El patio era pequeño y en invierno no daba el sol. Acoger a un enfermo suponía un gasto grande y no previsto. ¿Con qué se iban a pagar las vendas, medicinas y comidas que recetase el médico? ¡Y los médicos no vivían de la caridad! Además, fray Francisco Crisóstomo estaba harto molesto de que todos le hablaran del padre Juan como de un santo, a él que odiaba las

milagrerías y la credulidad de la gente. Pero, más que todos esos inconvenientes, tenía otras razones para el rencor. Seis años antes había sido amonestado por fray Juan de la Cruz, que a la sazón era visitador de Andalucía, por ser poco aficionado a la reclusión en el convento y andar de la ceca a la meca predicando en iglesias de Sevilla y alrededores. Como en esa populosa ciudad la gente destila guasa, lo llamaban fray Cirigalla, pero es lo cierto que hacía sermones muy floridos y conmovedores. La reprensión que le hizo fray Juan fue muy tajante: «Más retiro y menos acción, padre. Somos descalzos.» Él se mostró respondón: «¿Por qué no le dirige el mismo reproche al padre Jerónimo Gracián?» Fray Juan lo conminó: «Elija: o dentro o fuera del convento. Con hábito o sin hábito.» Ahora se habían vuelto las tornas y fray Francisco Crisóstomo era el rector de la casa de Úbeda y como allí mandaba él sin trabas, ordenó alojar a fray Juan en el cuchitril del pasillo, y sin ningún trato especial. «Ahora está a mi cuidado, padre Juan. Es mi huésped y súbdito», le había advertido al recogerlo.

El encono de fray Francisco Crisóstomo con el enfermo creció al día siguiente cuando un correo le entregó un informe de fray Diego Evangelista, el

comisionado por el padre Doria en el capítulo de Madrid para valorar el estado de los conventos de monjas descalzas de Andalucía. Se lo enviaba porque su convento era el más cercano a la Peñuela y con el ruego de que guardara secreto para evitar escándalos. El escrito contenía testimonios de monjas de Málaga y Granada, que tras interrogatorios implacables, habían revelado ultrajes pecaminosos de fray Juan de la Cruz valiéndose de su condición de confesor y guía espiritual. Una monja de Granada juraba haber recibido papeles y cartitas con proposiciones deshonestas. ¿Dónde estaban estas cartas? La monja las había quemado por vergüenza y para no comprometerlo. Otra declaraba haberle escuchado expresiones lujuriosas para aclarar los versos de amor que había escrito. Pero la acusación más grave la hacía una monja de Málaga. Durante la confesión él había insistido en saber con detalle si ella se acariciaba los pechos y las partes, y qué sensaciones sentía, y si gozaba con ello, y como ella se ofuscara, le había rozado la cara y los labios con la punta de los dedos a través de la rejilla. Y esos toqueteos los había intentado dos veces más. El comisionado pedía a fray Crisóstomo que recogiera las alegaciones del acusado y que las enviara a Madrid

para aportarlas al juicio de los consiliarios generales. «Conque santito», se dijo el prior al terminar de leer los testimonios, contento de alimentar su despecho.

El cirujano Ambrosio Villarreal operó con dedos cuidadosos. Vaciadas las tres llagas de la pierna hinchada, las lavó con el cocimiento, las secó con hilas de lino y, antes de vendarlas, las cubrió con el ungüento que preparaba para estos casos.

—Volveré —dijo, recogiendo los aparejos.

Volvió, en efecto, al día siguiente e hizo las curas con la misma aplicación. Al acabar, el prior acompañó al doctor hasta la calle y lo despidió con buenas palabras. Poco antes había recibido el informe del padre Evangelista, y como no pudiera contenerse más, regresó al tabuco de fray Juan y leyó las acusaciones que le hacían. Al acabar, se quitó las gafas y blandiendo los papeles, le apremió:

—¡Vaya, vaya con nuestro santo fundador! ¡Tan puro, tan libre de pecado! ¿Qué decís a este escrito?

Pero fray Juan, de cara a la pared, parecía dormido o muerto. Ni respondió ni hizo ningún movimiento. Conteniendo la rabia, añadió el prelado:

—¿Calláis, padre Juan? ¿Acaso os sentís como Jesús ante Pilatos? Pues ya podéis preparar vuestra defensa.

Durante la primera semana en la casa de Úbeda fray Juan de la Cruz quiso acomodarse a la vida conventual. Aún sin poder evitar los escalofríos de la fiebre acudía a los rezos reglados y se sentaba a la mesa con conducta modosa y reservada para pasar inadvertido entre los ocho hermanos, lo que avivaba el resentimiento del prior, el cual espiaba con disimulo todos sus ademanes, como gato que acecha al ratón. Pero a solas, guardándose bien de hacerlo en público, lo vituperaba y como serpiente que pica y deposita la ponzoña lo atacaba colérico y resentido.

—¡Habrased visto! Presumir de estar llagado como Cristo Crucificado, como si le hubieran clavado el pie al madero... ¿Por qué nunca os quejáis? Es seguro que Nuestro Señor gimió de dolor, pero vos ¿sois más sufrido que Él? Y vuestras manos, ¿veremos pronto en ellas la señal de los clavos? Ahora sí que justificáis vuestro apellido en religión: Juan de la Cruz, Juan, el otro crucificado. ¿Es gozoso el martirio?

Como fray Juan no respondía, el rencoroso prior atribuyó su silencio a orgullo y desprecio de su

autoridad. Aún se enquistó más su resentimiento cuando supo que fray Juan no pensaba defenderse ni alegar contra las acusaciones obtenidas a las monjas de Granada y Málaga. Y como este sentir es carcoma que no duerme, determinó darle un escarmiento.

—Por vuestra salud —dijo, burlón— en adelante os mantendré aislado. Sin visitas y sin salir de la celda. Y prohibiré al enfermero comunicarse con vos.

De este modo fray Juan de la Cruz volvió a entrar por segunda vez en la ballena, pero ahora con la alegría cierta de que saldría pronto de su vientre para alcanzar la playa del cielo. Por primera vez en su vida no sentía la lima del desamparo, sino la impaciencia por oír la llamada para abandonar este áspero mundo.

El doctor Villarreal, que acudía a visitarlo casi a diario, se mostró un día harto contrariado al despedirse del padre Crisóstomo.

—Esto va a peor. Vacío la llaga y se rellena de materia.

—El Señor prueba duramente a sus santos — respondió el prelado.

—Han aparecido más llagas.

*Segundo
cautiverio*

—¿Sabía vuestra merced, doctor, que corre por ahí la noticia de que nuestro padre Juan, al que toman por santo, detuvo el fuego de un pinar en Sierra Morena? Ardía el monte y él se plantó delante de las llamas y dijo: ¡Ppor Dios Padre!, tú, fuego: ¡apágate!» Y las hogueras se extinguieron. ¿Qué le parece, doctor? ¡Gran milagro!

—¿Es que la fe no mueve montañas, reverendo? —dijo el doctor Villarreal con sorna—. Mayor milagro que apagar un fuego sería cambiar de sitio la sierra de Mágina.

El prior no replicó. Desde la llegada de fray Juan al convento de Úbeda las curas del cirujano Villarreal apenas mejoraban las heridas, pues medio se secaba una y aparecía otra más apestosa y purulenta. La pierna seguía hinchada y las calenturas se presentaban puntuales por la tarde, a veces con tanto ardor que el enfermo padecía enajenaciones breves. A primeros de noviembre el daño parecía incontenible.

—Esto va mal. Muy mal —dijo el cirujano al padre Crisóstomo, que, como siempre, había vigilado las curas desde la puerta.

—¿Se muere?

El médico se encogió de hombros y al desandar el pasillo sombrío, turbado de no entender nada, ni

la persistencia del mal ni la mansedumbre del enfermo, que no profería un ay de dolor, se volvió al prior y le dijo:

—Mi ciencia ya no vale nada.

Dos semanas después, el día diecisiete de noviembre, el doctor Villarreal hacía la cura de costumbre y al retirar las vendas de las heridas percibió un olor muy agradable. Acercó la nariz a las llagas y comprobó que despedían aroma de almizcle. Extrañado y temeroso, murmuró.

—No sé qué decir. ¿Será esto lo que llaman morir en olor de santidad?

—¿Habláis de un milagro, doctor? *Tu quoque...* ¿Vuestra merced también? —le respondió incrédulo el rector.

Aquella misma tarde las criadas de la señora Clara Benavides, que lavaban casi a diario las hilas y vendajes del enfermo, recibieron el mismo olor grato y propagaron la maravilla por toda la ciudad. En adelante dejaron de lavar las vendas de cada día y las guardaban y cortaban en trozos para repartirlas como reliquias.

El prodigio de las vendas perfumadas atrajo a la puerta del convento a gentes piadosas que insistían en ver y tocar al santo, lo cual soliviantaba al prior, pero como las penas con pan son menos, se

consolaba con las donaciones y ofrendas de aceite, harina y gallinas que traían para cuidar al enfermo. Nunca la despensa había estado tan abastecida. No por eso disminuía su ojeriza ni el trato severo que había impuesto al reformador, como si fuera su cautivo. Asignó a fray Bernardo de la Virgen el trabajo de enfermero con la prohibición de no dirigirle la palabra. Pero este lego acabó ganado por la sumisión y la bondad de su enfermo, y le dispensaba cuidados muy amables. Sentado en un tajuero lo vigilaba con mucha caridad durante el día, le ponía paños húmedos en la frente para detener la calentura, lo lavaba, le ayudaba a ponerse de lado, le daba agua, insistía con gran solicitud en que tomase algunas cucharadas más de caldo de gallina, vaciaba las cubetas de orines y heces, que las hacía muy a menudo. Ponía mucho amor en estas acciones, conmovido por la paciencia del padre Juan, que nunca se quejaba.

—Por amor de Dios, hermano Bernardo, perdóneme que le cause tantos trabajos.

—Padre Juan, yo recibo mucho gusto en que vuestra reverencia me llame mil veces cada noche.

El avance del mal, el miedo a enemistarse con el doctor y el contento de la despensa llena relajaron la inquina del prior. Permitted a fray Bernardo tirar

un jergón y una almohada al pie de la cama del enfermo para velarlo de noche. Entretanto la noticia de la enfermedad de fray Juan de la Cruz había llegado a Baeza, Jaén y Granada y su aislamiento contribuyó a propagar rumores prodigiosos y la leyenda de su santidad.

—Se muere como Cristo, con las mismas llagas.

—La materia de sus heridas huele a rosas.

—Un ciego del hospital de los Honrados Viejos se limpió los ojos con una venda pustulosa del santo y recobró la vista. En ciertas aldeas se corrió la voz de que ya había muerto y que una comitiva de ángeles había recogido el cuerpo y lo había transportado por los aires. En los monasterios de Beas, Caravaca y Granada las monjas ofrecían mortificaciones extraordinarias por su antiguo confesor. Fue tan grande la conmoción en toda Andalucía que a finales de noviembre acudían a las puertas del convento de Úbeda a toda hora, incluso de noche, gentes ávidas de verlo y de hacerse con una reliquia.

Pero el pronóstico nefasto del doctor Villarreal seguía fallando. A primeros de diciembre el cadavérico enfermo seguía vivo, sin merma del ánimo sereno y con la pierna derecha abultada como un morcillón negruzco y repugnante. Y entonces le apareció un tumor entre las escápulas o

“huesoplatos”, como decía el vulgo, de manera que no podía estar acostado si no era de lado o boca abajo. Como en estas posturas se cansaba y no podía leer, el doctor Villarreal arbitró la manera de suspenderlo del techo. Lo fajó por la cintura y le aplicó un arnés con sujeción en los sobacos para incorporarlo de medio cuerpo con dos cuerdas colgadas de las vigas. El hermano Bernardo lo alzaba y bajaba con mucho cuidado por miedo a descoyuntarlo y a causarle más dolor, pero el enfermo seguía sin proferir una queja.

—Padre, dígame su reverencia si así se alivia.

—Más paciencia, más amor y más dolor.

—¿Para qué más dolor, padre Juan?

—Más sufrió el Señor por mí.

La apostema de la espalda se había hecho del tamaño de un huevo y supuraba mucha materia. El doctor Villarreal vaciaba los bubones empujando con delicadeza los bordes de la herida, recogía el pus en pellas de algodón y limpiaba la llaga con gasas. Luego arrimaba la punta de una varilla a la llama de un candil hasta ponerla al rojo y la aplicaba con toques rápidos a los bordes de las heridas para cauterizarlas. Al punto se percibía olor a piel chamuscada. Con todo, el enfermo no se movía, lo cual maravillaba al hermano Bernardo y espantaba

al licenciado, que terminaba la curación sudoroso y con ta- lante hosco.

El lunes dos de diciembre el doctor Villarreal no se presentó por la mañana a curar al enfermo, como solía, sino pasadas las tres de la tarde, y ya recogía los instrumentos para colocarlos con mucho orden y disposición en el maletín de madera, según acostumbraba, cuando se abrió de golpe la puerta de la celda y apareció bajo el dintel la figura de un fraile alto, de noble cabeza de estatua clásica, aunque anciano y flaco. Era el padre Antonio de Jesús, el provincial de Andalucía. ¡Ah, qué lejos quedaba Duruelo!

*La visita
amiga*

Fray Antonio llevaba con altivez la edad octogenaria, la barba bien aderezada, el cerquillo de pelo blanco bien tupido alrededor del bonetillo pardo. Siempre había gustado de cubrirse el cogote con casquete, que en los tiempos de prior de Valladolid era de seda y semejava solideo de cardenal. Venía de Sevilla, desde donde ejercía sedentario el cargo de provincial, pues aborrecía los viajes y decía que con ochenta y un años cumplidos no estaba para muchos trotes. Y era cierto, porque la bisagra de la cadera se atoraba y andaba con ligero balanceo y entre otros achaques seniles le

costaba orinar, tanto que de noche andaba de romería para soltar unas gotas cada vez.

En el último capítulo de Madrid Fray Antonio no se había mostrado muy contrario al padre Gracián. No le caía bien, en parte, quizás, porque era una copia suya de cuando era prelado mundano en Valladolid. Fray Anortnio tampoco había apoyado al autoritario Doria, así que estaba en contra de los dos y de la lucha por el poder. Durante el mes que duró el cónclave se mostró distante y reservado. Comprendía que el tiempo de los Reformadores había pasado y que tanto él como fray Juan de la Cruz habían hecho su navegación y eran dos barcos viejos varados y listos para el desguace. No quería ningún cargo, pero el astuto padre Doria —como buen geno- vés— lo nombró provincial de Andalucía para compensar la degradación de fray Juan de la Cruz, tranquilizar a las monjas y acallar la opinión de que traicionaba la reforma descalza. El maquiavélico General de los descalzos —“Nicolao” Doria, como lo había llamado alguna vez la madre Teresa—, se aseguraba así un súbdito de paja, pero aún respetado.

En su sede de Sevilla fray Antonio de Jesús había tenido noticia desde el primer día de la enfermedad de fray Juan, del fracaso de la ciencia del doctor que

lo cuidaba y de los milagros que el vulgo atribuía, cosa nada extraña por la fantasiosa credulidad y la superchería de los andaluces. Sospesó ir a verlo, para despedirse... hasta el cercano encuentro ya en el cielo, pero fue aplazando el viaje sin más razón que la pereza y algunas excusas increíbles. Sin embargo, cuando recibió una carta que le hablaba del trato despiadado que el prior de Úbeda le dispensaba, determinó al instante ponerse en camino. A pesar de su edad octogenaria y del tiempo desapacible, porque aquellos días caían copiosos aguaceros en todo el valle del Guadalquivir, que había anegado las riberas de Córdoba, hizo a caballo jornadas de hasta siete leguas para llegar a Úbeda, arrepentido de su negligencia y con el temor de no llegar a tiempo de ver vivo a quien había compartido con él la heroica reforma de los carmelitas.

El fraile que acudió a la llamada de la campana no tuvo tiempo de reconocer a fray Antonio de Jesús porque, al abrirle la puerta, se le coló dentro alborotando la casa con voz más recia de lo que cabía suponer en un hombre anciano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el padre Juan?— atronó—. ¡Que venga presto el prior! Soy el provincial.

El atolondrado portero lo guió servil y medroso al cubículo del enfermo. El padre Antonio de Jesús se agachó bajo el dintel para no descabezarse y dio dos pasos dentro del cuarto tenebroso. Buscó con la mirada a la luz escasa del candil y encontró el bulto de un fraile sentado en un tajuelo junto a un catre donde había otro bulto encorvado, con forma de gancho, medio cuerpo yaciendo sobre el jergón y el otro medio suspendido con cuerdas de unas argollas sujetas a los negros cabrios del techo. Quedó sobrecogido con la visión de la cincha del arnés y el cordaje para sostener un costillar y una calavera forrados de piel fina y oscura. Fray Juan estaba desnudo de cintura para arriba porque el tumor de entre las escápulas había crecido y se le había roto en la espalda abriendo una brecha que dejaba el hueso al descubierto. Con tamaña llaga no podía estar acostado boca arriba y aunque se le cubrió la herida con vendas, el doctor mandó no taparlo con camisón ni mantas para evitar rozaduras, y exigió un brasero para que el enfermo no agarrara una pulmonía, pues el aposento era frío, y fría es la ciudad de Úbeda en los inviernos por estar encaramada en un mar de cerros. Fray Bernardo de la Virgen, el servicial enfermero, lo incorporaba cada poco del arnés, pero fray Juan cada vez resistía

menos tiempo en esa postura forzada, de manera que al rato lo bajaba, y en este manejo tenía mucho cuidado en colocarlo en el camastro, de lado o boca abajo, sin hacerle daño alguno. El prior, que había observado varias veces esta maniobra, había hecho un comentario despiadado y burlón. «Es para pintar la escena. Otro desprendimiento: el santo padre Juan es desclavado y bajado de la cruz.»

Cuando fray Antonio se hizo a la penumbra y a la situación espantable, dio un paso hasta tocar el camastro, se inclinó y llamó con voz que tenía soniquete de súplica afectuosa.

—Padre. Padre Juan.

El enfermo alzó la cabeza que tenía abatida sobre el pecho y abrió los ojos, pero no pareció reconocer a quien le hablaba.

—¿Se me ha pasado la hora del rezo? —respondió como volviendo en sí.

—Padre Juan. Soy fray Antonio de Jesús. ¿Se acuerda de aquel elegante y gordo carmelita que llegó a Duruelo a malcomer y pasar frío? El que se quejaba del juanete y tenía los dedos como de remolacha cocida? El que barría la entrada de la casa cuando nos visitó la madre Teresa...

El enfermo, que tenía los ojos arrasados en sombra acuosa, lo miró con fijeza y sus labios resecos amagaron una sonrisa.

—¡Ah! —balbució—. Antonio de Heredia, en sus buenos tiempos. El Petronio de Valladolid.

—El mismo, no más que distinto —contestó atónito fray Antonio porque en aquel trance agónico le diese una respuesta afable y no carente de buen humor, él, tan huraño y enemigo de agudezas y donaires—. Cómo está, padre Juan?

—*In domum Domini ibimus*³.

—Cierto, cierto.

El doctor Villarreal, que había asistido a este encuentro desde la puerta, se fue sin decir nada.

—¿Qué hora es? —preguntó el enfermo con el desconcierto que los desahuciados tienen del paso de las horas.

—Su paternidad se va al cielo antes que yo —respondió fray Antonio—. ¡Quién nos los iba a decir en Duruelo! No es justo por la edad, pero sé que le caéis más en gracia al Señor que yo. Por eso me tiene aún aquí. Incluso me precedió la madre Teresa. Yo la aventajaba en cinco o seis años.

³ Vamos a la casa del Señor.

No dejaba de ser curioso que en Almodóvar y en alguna otra ocasión se hubieran tratado de vos y ahora volvieran a la fórmula respetuosa de vuestra merced como si recobraran, sin perderse afecto, un tiempo de añoranzas.

—Cuénteme, padre, cómo fue su muerte — murmuró el enfermo con voz queda, y desvió la mirada hacia fray Bernardo, el cual, como captase su súplica, aflojó las cuerdas despacio y sosteniéndolo en brazos lo colocó con grandísimo cuidado en el lecho, de lado y espaldas al muro.

Fray Antonio hizo una señal al lego para que se retirase y se sentó en el tajuelo. Ahora tenía cerca la cara del padre Juan y podía escrutar su ojos. *Así murió Teresa de Jesús*

—Dios escribe derecho con renglones torcidos, me dijo la madre cuando fue a Valladolid para desmontarme la vida pecadora que llevaba. Y hete aquí que volvió a utilizarme en su muerte. Porque estando yo en Valladolid ejerciendo de provincial de Castilla la mandé a Alba de Tormes para que asistiese a la joven duquesa en el parto del primogénito y heredero. Me lo había pedido la duquesa madre, doña María Enríquez, a la que los descalzos debemos muchos favores. Yo sabía que la madre Teresa se encontraba mal, pero no sospechaba de su gravedad, amén de que siempre

padecía un sinfín de trastornos y alifafes. Una carroza la recogió en Valladolid y cuando al día siguiente llegó a Alba la duquesa ya había parido. Un niño. Nuestra Fundadora llegó fatigada, con fiebre y sangraba a causa del cáncer de útero que tenía.

Fray Antonio esperó ver en el rostro del padre Juan un gesto de comprensión o de extrañeza, pero no halló ninguno.

—Ya sabe, padre Juan, que cáncer en latín quiere decir cangrejo. Son la misma palabra. Un amigo mío de la universidad de Valladolid llama cangrejos a los tumores y bultos porque se agarran con pinzas al cuerpo y no lo sueltan hasta que matan a su presa. ¿Sabe que los que castigan a los reos de la Inquisición llaman en broma cangrejos a las tenazas al rojo vivo con las que queman y cortan trozos de carne?

El padre Antonio alargó la pausa, pero fray Juan, aunque estaba atento, no expresó ningún efecto.

—Las sangrías diarias de los cirujanos no atajaron el mal de la madre Teresa. Ocho días estuvo encamada en una cámara alta del convento desde la que veía el sagrario y asistía a misa tumbada en el lecho. Yo llegué a tiempo de darle la última unción. Respiraba muy mal. Se alegró de verme. «Adiós,

padre Antonio, me dijo. El Esposo de mi alma me espera.» Miró la estatuilla del Niño Jesús que estaba en la mesilla, de la que casi nunca se había apartado. «¿Recuerda que la llevaba en Duruelo?» Apretó el crucifijo que tenía entre los dedos, se colocó de lado en la cama y sonrió a todos los que estábamos alrededor. Yo le pregunté si quería que la enterráramos en Ávila y ella miró a sus monjas y les dijo: «Hermanas, ¿no me haréis la caridad de darme aquí un poco de tierra?» Después de esto pasó momentos de desasosiego, como si la sacudiese por dentro un viento repentino, hasta que se calmó con mucha quietud y paz. En el rostro parecía que se le habían escondido las arrugas. Luego dio en respirar cada vez más quedo y expiró a las nueve de la noche. Esto fue el jueves día cuatro de octubre de 1582. Han pasado ya nueve años. El entierro sucedió al día siguiente, viernes, día quince, porque coincidió con el cambio del calendario, que se adelantó diez días. Han pasado ya nueve años. *Tempus fugit.*

Fray Juan parecía dormir. Fray Antonio examinó la celda angosta y salió fuera, donde se habían reunido varios frailes convocados por el escándalo de su llegada.

—El Señor esté con vosotros, hermanos.

A continuación el provincial empleó las dotes de mando que lo habían distinguido cuando regía el convento de Valladolid, antes de que le diera la ventolera de renunciar a todo para enrolarse en la Reforma. Si alguna cualidad no había perdido con los años era el arte de gobernar combinando tacto y decisión, diplomacia y severidad. Se puso en pie y oxeó a los frailes como si fueran gallinas.

—Váyanse a lo suyo. Padre prior, aguarde. Tenemos que hablar.

—¿Aquí?

—Lléveme a la sala.

El padre Antonio lo siguió y entraron en la cámara que era refectorio y sala de reunión. Fray Francisco Crisóstomo aparentaba firmeza, pero estaba harto desazonado y con movimiento brusco tendió una silla a su superior.

—Siéntese, si le place.

—¿Qué trato le da? ¿Cómo es que tenemos rencores con un moribundo? —dijo fray Antonio, que siguió de pie.

Atajó las excusas que balbucía el prelado y le requirió noticia de todo lo ocurrido en las seis semanas que llevaba el enfermo en la casa. Le pidió

también informes del médico y por qué no lo había llevado al hospital.

—¿Qué es lo último que ha dicho el doctor Villarreal?

—Que se acaba. Aunque lo mismo dijo hace días. Pero esta vez el doctor afirmó que no erraba.

El provincial miró fija mente al prior y le afeó su conducta con palabras muy duras. ¿Qué venganza era esa con un hermano? ¿Qué caridad? Y no valía la excusa de que fray Juan rechazaba privilegios y que estaba muy conforme con el trato que se le daba.

—El Señor me perdone si he obrado mal.

—Su reverencia sabe que ha obrado mal. Y mire, padre prior, que le he hecho estos reproches en privado, para no quebrantar su autoridad. Y ahora lleve al padre Juan a la celda mejor aderezada, que tenga luz, y dispénsele los mejores cuidados.

—Así será.

—Hágamelo ya, por Dios. Y dígame dónde puedo orinar y recogerme, que estoy molido del viaje.

El padre Crisóstomo, como es común en personas que ejercen su autoridad con despotismo y sin miramientos, pero que mudan su talante ante un superior y se vuelven serviles, fue todo mansedumbre y disculpas. Asignó su celda a su superior, que era la más cómoda y ventajosa del

convento, si es que es lícito hablar de comodidad y regalo en una casa de descalzos.

Repuesto de la fatiga del viaje, y después de la cena frugal, a eso de las nueve, el padre Antonio acudió de nuevo a visitar a su compañero de los tiempos fundacionales.

Vigilia

—Váyase —dijo a fray Bernardo—. Yo haré la guardia. Que me releven a la una.

Se sentó al lado del lecho, palpó la frente del enfermo y comprobó que no tenía calentura, o que era muy liviana. Fray Juan estaba adormilado y respiraba con sosiego.

El padre Antonio sacó el breviario de la amplia faltriquera, acomodó luego la vela para que iluminara bien las páginas y se puso a leer. Abstraído en la lectura y perdida la noción del tiempo, como pasa siempre a los que velan a un enfermo, y más si es de noche, se le cerraban los ojos y las manos aflojaban el libro hasta que a punto de dar la cabezada, se espabilaba con ligero sobresalto. Sin duda, la fatiga del viaje y las emociones encontradas lo vencían. Miró al enfermo y lo vio con los ojos abiertos.

—¿No dormís, padre Juan

No recibió respuesta. En esto desde la Torre del Reloj, cuyo campanario y templete no hacía mucho

que se habían alzado sobre el torreón de la muralla que defendía la puerta de Toledo, cayeron once recias campanadas, y aunque llegaron atenuadas a la celda, fueron advertidas por el moribundo. Quizás fuera su caso el de las personas que cercanas a su fin recobran un oído muy fino y perciben ruidos muy tenues, y la memoria les abre los sonidos más decisivos para que los escuchen por última vez.

—Oigo a mi madre cantar en el telar.

Y con liviano movimiento de los labios resecos fray Juan susurró las primeras palabras de la canción que oía de niño a su madre, la buratera Catalina Álvarez. Quien no sabe de penas, no sabe de amores..., pues penas son traje de amadores.

—Oigo también el ruido del lizo y de la rueca rodando por el suelo.

«Delira», pensó fray Antonio. Mejor que fueran esos ruidos, se dijo, que los cerrojos de la cárcel de Toledo o el guirigay de frailes que discuten en capítulos.

La última campanada del reloj había dejado un rastro de silencio oscuro. El enfermo volvió la cabeza y esbozó una sonrisa. Jadeando, dijo:

—¿Y sus relojes, padre?

Cabeceó fray Antonio, sorprendido. «¡Ay que ver de qué se acuerda en este trance!», pensó, y se inclinó hacia el lecho.

—Sólo me queda uno de los cinco que llevé a Duruelo. Pero no hay mejor reloj que el corazón, padre Juan. Hace tiempo que no cuento el número de latidos, sino su compás. *Horas non numero, sine serenas.*

El enfermo quiso sonreír, pero en la boca se dibujo una arruga tersa. Miró con ojos extraviados a fray Antonio y con voz queda dijo:

—Padre, me consumo de dolores.

—¿Y por qué nunca se queja?

—El Señor nos dio ejemplo de sufrimiento en la cruz.

—Mas, ¿cómo soporta en silencio el dolor del cauterio ardiente? La piel huele a chamusquina. Se dice de vuestra reverencia que o es un santo o tiene pactos con el diablo. ¿Y sabe que creo yo? Lo segundo, es claro. Toda su vida pactando en secreto con el Enemigo.

Fray Juan pareció agradecer su buen humor.

—Le confieso —añadió fray Antonio— que yo no entiendo por qué tenemos que sufrir en este mundo. Sufrir, ¿para qué? Si ya la vida es arrastrada y menesterosa, ¿para qué tanto dolor? Y aún hay más.

El dolor extremo turba la conciencia más que el placer.

Decía todo esto fray Antonio sin causa alguna, pues nunca se había torturado con disciplinas ni cilicios y siempre había gozado de muy buena salud, sin grandes sufrimientos, solo cosillas de importancia escasa y pasajera como los agujonazos de muelas —le quedaban pocas y descolocadas—, las protestas del juanete y ahora el rechinar reumático de viejo, la orina que no sale...

La enfermedad de fray Juan era de las más insufribles, pero se negó a tomar los remedios probados por la ciencia para aliviar los dolores. Su aguante del dolor y su resignación silenciosa habían turbado al doctor Villarreal al extremo de que no podía apartarlo del pensamiento y por ello andaba malhumorado todo el día. A los enfermos llagados el licenciado les aplicaba pomadas y ungüentos en las heridas, les hacía sangrías, les recetaba brebajes de hojas de beleño, e infusiones de adormideras y de otras plantas de uso común. Tales decocciones templaban los nervios y producían sueño. Pero confiaba más en sus remedios caseros. En el patio de su casa cultivaba en macetas plantas de cáñamo índico cuyas hojas quemaba en una vasija de cobre para que el enfermo aspirase por boca y nariz el

humo oloroso hasta empapar y llenar los pulmones, de manera que poco a poco se sumía en una embriaguez indolora y placentera. A los que sufrían dolores de huesos, que son los más insufribles, y a los moribundos les ofrecía pociones de esas mismas hojas secas y hervidas. Este remedio lo había aprendido de los moros de la Alpujarra. Y aunque los enfermos no padecieran dolores, les daba ese tratamiento porque les colocaba en un gran estado de bienestar, en un éxtasis y arrobo semejantes quizás a los que decían experimentar algunos santos.

El anciano fray Antonio de Jesús salió a la puerta y mandó a fray Bernardo, que hacía guardia en el pasillo, que trajera un caldo con una yema de huevo y un chorretón de vino. Luego, acercándose al lecho, evocó el pasado en común para animar a su compañero, que en este trance le despertaba el afecto de una amistad serena y confidente.

—Padre Juan, ¿sabe que mañana es ocho de diciembre, día de la Virgen. Diez días atrás, el pasado veintiocho, se cumplieron doce años justos de aquella reunión en Duruelo. Doce años desde que iniciamos la Reforma. Fue más duro de lo que entonces imaginamos, ¿verdad?

El padre Juan sonrió, pero cualquier movimiento era causa de mucho dolor. Las piernas no las sentía y la piel de la espalda supuraba agüilla de las pústulas y rozaduras. Entró el marmitón con una taza humeante de caldo de gallina y fray Antonio se sentó a la cabecera del lecho, incorporó al enfermo y le fue acercando cucharaditas a los labios resecos. Tragó tres con dificultad y rechazó la cuarta.

Contra lo esperado, el moribundo mejoró en los días sucesivos. A ratos lo sentaban en un sillón y la tarde del día diez la pasó platicando con su enfermero. Eran los únicos que estaban a esas horas en el convento porque los demás frailes habían salido al entierro de un benefactor que era hombre principal.

—Padre Juan, quiere que le traiga unos músicos que le distraigan y alienten?

—Sí, me gustaría.

Fray Bernardo no tardó mucho en volver con tres niños de la casa de don Fernando Díaz, que se dispusieron a tocar la vihuela y a cantar.

—¿Sabéis la canción “Penas son traje de amador?!” —dijo el enfermo.

—Sí, la sabemos —contestó el chico mayor.

Los tres chicos aclararon la voz, pulsaron las cuerdas y empezaron a tañer los instrumentos.

—¡Paren, paren! —suplicó el padre Juan—. Os estoy muy agradecido, y me huelgo mucho con vuestro canto, pero no sería razón que si el Señor me tiene con estos dolores, yo los alivie con músicas y entretenimientos. Váyanse, háganme la caridad. Lléveselos, hermano Bernardo.

*Última
voluntad*

La mejoría impensable se prolongó hasta el día trece de diciembre, pero esa mañana el doctor Villarreal observó que el enfermo respiraba con mucha fatiga y tenía calenturas muy altas. Esta vez el cirujano se atrevió a dar un pronóstico fulminante y dijo en voz baja a fray Antonio:

—No verá el próximo amanecer.

Al hacerle las curas acostumbradas, el enfermo revivió, abrió los ojos y reconoció a los presentes:

—Padre Antonio —susurró con silabeo roto y caso imperceptible—. Quiero que quemen todos esos escritos —añadió desviando la mirada a una saca que había en un rincón de la celda.

—Así lo haré.

—Y comunicad mi muerte a mi hermano Francisco.

—Así se hará.

—¡Dios mío! —exclamó.

Y cerró los ojos.

Hacía mucho que se había hecho de noche y sobre los tejados de Úbeda cuajaban los copos de la primera nevada invernal.

Un rato después fray Juan de la Cruz se desasosegó. Volvió en sí, abrió los ojos y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las diez pasadas.

—Se acerca la hora. Llamad a los padres para despedirme. Sólo cinco tuvieron sitio dentro de la celda y los demás quedaron a la puerta y en el pasillo, de rodillas, la cabeza cubierta con la capilla blanca, las manos escondidas en las bocamangas, el corazón en la garganta, anonadados por la sombra espesa de la muerte. Dos candiles espetados en la pared asistían a la rendición del alma.

Sobre la almohada yacía una calavera forrada de fina piel macilenta y dos ojos desorbitados. En la cara del doctor Villarreal, que había sido avisado, se reflejaba el estupor, porque había asistido a muchas muertes aceptadas con resignación, pero esta le producía una inquietud extraña.

—Padre prior —balbuceó el moribundo—, yo estoy contento y no se aflija. Yo le pido perdón por las molestias.

Entonces fray Francisco Crisóstomo, sacudido de pronto por el arrepentimiento, se postró junto al lecho tapándose el rostro con las manos, cabeceando y con tan desgarrados sollozos que el moribundo se agitó. “Pequé, pequé!, perdóneme santo padre Juan de la Cruz!”, imploraba. Fray Antonio hizo una señal a los de la puerta y dos frailes agarraron de los brazos al rector y lo sacaron de la celda. Se hizo el silencio y todos los presentes observaban al moribundo, que dio por momentos en acezar como un fuelle, rebulló y murmuró palabras entrecortadas. El físico, que había sido llamado, estaba al pie del lecho, quieto, y ahora se volvió al padre Antonio, el cual humedeció los labios costrosos del agonizante con un trapito húmedo. Fue como cuando se quita broza de un canalillo para que corriera un hilo de agua, porque de su boca salieron limpias estas palabras:

—¡Adiós a la ballena!

El enfermo deliraba, sin duda, pensaron los frailes, pero fray Antonio lo entendió sin duda: hasta en el quicial de la muerte hablaba con frases figuradas: era poeta. El mundo era una mazmorra, era el vientre de la ballena donde el profeta Jonás pasó tres días, y la muerte era la expulsión al mar inmenso de Dios.

Un instante después fray Juan de la Cruz recobró la respiración regular y abrió los ojos. Vio a todos los frailes arracimados a los pies del lecho y apretujados en el umbral. Con esfuerzo, pero con voz clara, les dijo:

—Adiós, mis hermanos.

Y calló. Luego añadió:

—¡Qué bien me siento!

El padre Antonio le dio la extremaunción. Con el dedo pulgar mojado en óleo sagrado ungió los ojos —*indulgeat tibi Dominus quidquid per visum...*—, la nariz, la boca, las manos y los pies, pero sus palabras sacramentales quedaron ahogadas en el salmo para bien morir que cantaba a coro la comunidad.

—*De profundis clamavi ad Te, Domini.*

—*Domine, exaudi vocem meam.*

Fray Juan de la Cruz musitó unas palabras que causaron desconcierto y estupor. «¡Oh, qué preciosas margaritas!» Su cuerpecillo empezó a alentar cada vez más quedo. Así pasó un rato.

—Pronto cantaré maitines en el cielo —susurró.

Los frailes no cesaron en sus rezos y salmodias. Así pasó algún tiempo. De pronto el doctor Villarreal le tomó el pulso, y como no lo hallase, sacó un espejito del bolsillo del jubón y lo arrimó a la

boca del moribundo. Luego lo observó y comprobó que no se había empañado. Cubrió el cadáver con la manta y se dirigió a los reunidos.

—El padre Juan de la Cruz ha muerto.

—Dios lo tenga en su gloria.

El padre Antonio cerró los ojos del cadáver. Era algo pasada la medianoche. *Atropello y despojo*

Antes del amanecer la noticia de la muerte de fray Juan de la Cruz corrió por la ciudad y muchas mujeres y hombres se acercaron resbalando en la nieve a la puerta del convento carmelita para ver y venerar al santo. Pero los frailes no dejaban entrar a nadie porque aquella era casa de oración y de clausura. El portero anunció que se haría el funeral al día siguiente en la iglesia de San Salvador y avisó a los allí congregados que debían retirarse. Algunos de los reunidos se fueron, pero otros se quedaron formando corrillos en los que se decían cosas admirables del difunto. Una mujer aseguraba que por mediación del santo, había rogado al Señor la curación de un hijo enfermo de tercianas y al poco el niño se había despertado sin calenturas, alegre y con hambre. Otra mujer afirmaba haber oído aleluyas de gloria pasada la medianoche.

En estas vino el señor de Javalquinto con un criado y el fraile de la puerta les franqueó la entrada. No mucho tiempo después se abrió la puerta y salió el señor de Javalquinto con una caja en las manos que debía contener recuerdos y reliquias del muerto. Entonces un hombre quiso entrar también para recoger algún recuerdo, pero el fraile le impidió el paso. Dieron en discutir y pasaron a forcejear, y los que estaban cerca se acercaron y se abalanzaron arrollando al lego y entrando en tropel dentro de la casa, abrieron puertas de las celdas y recorrieron el sombrío pasillo hasta que dieron con el oratorio donde yacía en el suelo el cadáver de fray Juan de la Cruz. Estaba amortajado con el hábito de descalzo, el rostro de cera metido en la capucha, la esclavina y escapulario blancos sobre el sayal pardo, que era viejo y muy gastado, pues llevaba el mismo que había traído de la Peñuela. Tenía los pies sin calcetas, calzados con sandalias toscas. En las manos cruzadas sobre el pecho asía entre los dedos rígidos una pequeña cruz de madera. Cuatro hachones encendidos escoltaban el cuerpo yacente.

Los primeros en entrar atropelladamente en la reducida cámara quedaron por un instante sobrecogidos de respeto, inmóviles, hasta que una mujer resuelta se acercó y tiró del hábito para rasgar

un trozo de tela. Dos frailes trataron de detenerla, pero entonces otras mujeres y hombres se arrojaron sobre el cadáver y tiraron de las ropas, zarandeado el cuerpo, que fue milagro que no lo quebraran y despedazaran. Lo dejaron medio desnudo, y se enzarzaron entre ellos tirando de aquí y de allá hasta desgarrar el hábito en jirones, disputándose los trozos en medio de un griterío demente, mientras otras manos desenrollaban las vendas de la pierna llagada y sacaban gasas y algodones de las úlceras. Una mujer se echó sobre el cuerpo y arrancó de cuajo el dedo meñique de la mano izquierda, mientras a todo esto los frailes intentaban apartar a la gente a voces y empellones, y como no lo lograban, echaron mano de candelabros, cirios y otros objetos, asestando recios golpes a los expoliadores hasta que lograron rodear el cadáver y lo liberaron de la fervorosa rapiña.

EPÍLOGO

Fray Juan de la Cruz murió en la madrugada del sábado 14 de diciembre de 1591 en la casa descalza de Úbeda a los cuarenta y nueve años de edad. Durante ese día muchas gentes piadosas se acercaron a la puerta con la esperanza de venerar su cuerpo muerto y llevarse una reliquia, pero el privilegio se reservó a las autoridades y señores principales, y a otros caballeros llegados de fuera, como el señor Javalquinto de Baeza. Un alguacil y tres corchetes armados hacían guardia para impedir otro asalto, como el que había sucedido en la amanecida.

Al día siguiente, domingo día 15, las campanas de las once parroquias de la ciudad doblaron a muerto para avisar a las gentes del traslado del cadáver desde el convento de la calle Nueva a la iglesia de San Salvador. Los párrocos de Santa María y de San Pablo se habían disputado tenazmente las honras fúnebres en sus respectivos templos, pero se interpuso el poderoso señor Cobos Molina, que ofreció diez arrobas de aceite, dos fanegas de trigo y otras tantas cargas de leña para la comunidad si el oficio de difuntos se celebraba en su

iglesia panteón, que era menos espacioso, pero más rico y admirable por las figuras labradas de la fachada, y el grandioso retablo dorado que relata la Transfiguración y las pinturas de la rotonda, que absorben la vista. «No merece menos la santidad del padre Juan, cuya tumba honrará la de mis padres y, cuando llegue el día, la mía y la de mi familia. Fray Francisco Crisóstomo, el prior, alabó su caridad.

El liviano ataúd salió del convento a hombros de cuatro frailes seguidos de una veintena de descalzos, pues había venido la comunidad de Baeza al completo. Iban todos con el hábito de su religión, encapuchados, con la capa blanca sobre el sayal pardo, hollando la nieve con sus pobres abarcas, aunque con calcetas. Había parado de nevar, pero toda la ciudad alentaba de frío bajo la neblina húmeda que envolvía los blancos tejados. Los aleros goteaban como si lloraran la muerte del Reformador del Carmelo.

La caja simple de pino, sin tapa, fue colocada al pie del altar, bajo la colorida rotonda, entre cuatro cirios y custodiada por otros tantos guardias con uniforme de gala. Como la iglesia no era muy grande, según se ha dicho, solo hubo cabida para el alcalde y los veinticuatro, todos con la escarapela en la capa, los señores de las familias principales

con sus esposas —todos con ricos vestidos de luto—, los cofrades mayores de las siete cofradías de la ciudad, los priores y abadesas de los nueve conventos, hasta media docena de capellanes y otros tantos profesores de la universidad y como dos docena de frailes dominicos, franciscanos y trinitarios, bien apretujados y al lado de los jesuitas, con los que mientras duró el oficio aplazaron su agria rivalidad. Además de las dichas personas había logrado entrar en el templo hombres y mujeres que habían hecho valer compromisos y prerrogativas indudables, entre ellas las dos criaditas de la señora Benavides que habían lavado las vendas perfumadas del santo. Fuera se apiñaba una gran multitud.

A eso de las once dio comienzo la misa funeral, que fue cantada por el coro de niños de la iglesia de San Salvador. Ofició fray Antonio de Jesús, el provincial de Andalucía, y dijo el sermón con brillante oratoria el doctor Francisco de Becerra, magistral de la colegiata, que había tratado a fray Juan en Baeza y al que había invitado una vez a su cátedra de teología para disputar con los estudiantes. Desde el púlpito, apuntando a las cabezas que tenía debajo, hacía el predicador muchas y largas preguntas que estremecían a los oyentes. ¿Tiene el religioso que aspira a la

perfección y refrigerio espiritual, como hizo siempre nuestro venerable padre Juan de la Cruz, los mismos enemigos que la gente común, que el sabio, que el necio, que el rey o el mendigo, que el rico o el pobre? Cada pregunta iba seguida de una pausa expectante, hasta que daba la respuesta verdadera. ¡Sí, los tiene! ¿Y son esos peligros de tres órdenes y uno llama al otro, de manera que forman una cadena que arrastra al pecador? ¡Sí, lo son! ¿Es el primer peligro el mundo, con sus bienes materiales y placeres de comidas, bebidas, vanidades...? ¿Es el segundo peligro el insomne demonio, con sus astucias y falacias? ¿Es el tercer peligro, el más tenaz de todos, el más ardiente, que sólo en la vejez se atenúa, pero nunca se apaga, la carne? Se preguntaba luego el predicador, citando sentencias en latín, cómo vencer esos peligros que acechan y dañan el alma. Pero también se salió de las reflexiones doctrinales y recitó algunos versos de fray Juan que, aunque no se entendían, llenaron de gozo y emoción a los oyentes. Dejó el doctor Becerra para el final el elogio de las virtudes y bondades de fray Juan de la Cruz, el consuelo que daba a los pobres, la pobreza en que vivió, el rigor con que se castigaba, y relató algunos casos ejemplares que desataron en las señoras huidizas lágrimas.

—No recemos por el alma del padre Juan, no, no lo hagamo.

Calló y todos los fieles quedaron suspensos.

—No recemos por él, porque está en el cielo. Recemos, en cambio, por nuestra menesterosa alma pecadora. *iBeatus ille!*, dichoso el padre Juan de la Cruz, y afortunados nosotros, que lo hemos visto, que lo tenemos ahí. Mirémoslo por postrera vez!”

Acabada la misa y los responsos, mientras las autoridades e invitados, no menos de cien personas, eran agasajados en el palacio del señor Cobos, donde doña Amalia había dispuesto un rico y copioso refrigerio, las gentes congregadas en la plaza desfilaron compungidas ante el ataúd. Muchos habían venido desde Baeza en carros o a pie, chapoteando en el barro y la nieve, y eran de toda edad y estado, desde caballeros ricos y doctores de la universidad hasta hombres y mujeres pobres, gentes humildes que habían tratado a fray Juan o habían recibido su consuelo en los hospitales. Los frailes descalzos atendían a los fieles para que nadie se demorase ante el cadáver, pues algunos pretendían arrodillarse y rezar, y otros quedaban paralizados, presa del respeto y de la divina emoción.

Antes de atardecer el sacristán cerró la puerta del templo y dos enterradores levantaron unas losas

cerca del altar y excavaron una fosa, echaron cal viva en el fondo, sacaron de la caja los restos de fray Juan de la Cruz y los colocaron encima. Luego cubrieron el cuerpo con más cal, echaron tierra y sobre ella asentaron una lápida de mármol que había encargado el señor Javalquinto, labrada sin mucho arte por mor de las prisas, con esta inscripción:

R.I.P.

RVDO. PADRE JUAN DE LA CRUZ

FUNDADOR DE LA RELIGIÓN DESCALZA

14. DIC. 1591

Nada más saberse en Segovia la noticia de la muerte de fray Juan de la Cruz, doña Ana Mercado de Peñalosa salió diligente de casa para visitar al prior descalzo y pedirle que trajera a la ciudad los restos mortales del santo, pues por tal lo tenía, y los enterrara en el convento que ella había comprado y que seguía favoreciendo con copiosas limosnas. Esta rica y piadosa señora era aquella viuda que había alojado a las monjas de Beas en su palacio de Granada cuando fue a fundar sor Ana de Jesús, la que había protegido a los descalzos de los Mártires con sus dineros y los de su hermano, que

era oidor de la Chancillería. Agradecido a esa generosa bienhechora, fray Juan de la Cruz le había regalado el manuscrito de su poesía *Llama de amor viva*, que ella atesoraba en su casa de Segovia.

El superior descalzo de Segovia se mostró sorprendido y reacio a la petición de doña Ana.

—¿Trasladar el cadáver del padre Juan de Granada a Segovia? Largo viaje...

—¿Cuál es la dificultad?

—No es cosa de hacer otro entierro como el de la reina Juana la Loca.

Ella entonces lo amenazó con dejar de proteger el convento. Muy apurado el prior se consideró sin autoridad—y era cierto— para atender una petición que juzgaba provechosa para su convento y para la ciudad de Segovia. Remitió la solución a lo que dijese el general. La respuesta del padre *Nicolas Doria* fue tan breve como desabrida “No procede”. Pero doña Ana no se acobardó y con la ayuda de su hermano buscó amparo en las personas más poderosas de la Corte. Y así, pasados algunos meses, obtuvo el permiso de trasladar a Segovia los restos de fray Juan de la Cruz. Había una condición que debía cumplirse con extremado rigor: que el traslado se hiciese con el mayor de los secretos.

A finales de abril de 1593, quince meses después de la muerte de fray Juan de la Cruz, llegó

a Úbeda un alguacil de corte con los permisos en regla para recoger los restos. Le acompañaban un médico y dos hombres mancebos que hacían de acemileros y mozos de carga. La exhumación se fijó a eso de las dos de la madrugada, sin más testigos que los dichos señores, tres frailes del convento, el sacristán y el párroco de San Salvador. Al abrir la tumba hallaron el cuerpo entero, aunque enjuto, con su piel firme y todos los presentes creyeron percibir aroma de almizcle y fragancia de rosas frescas. Ante esta evidencia de santidad, los tres frailes del convento se rebelaron contra el alguacil, decididos a impedir el traslado, pero a la vista de los documentos con el sello real y las firmes amenazas del oficial, cedieron no sin lograr recoger unas reliquias. Tras un tira y afloja con la autoridad y el médico, retuvieron un pie, el brazo derecho y los cuatro dedos que le quedaban de la mano izquierda, pues, como se dijo, el dedo meñique de esa mano se lo había arrancado y robado una mujer en el ya referido asalto al convento a las pocas horas de su muerte.

Lo demás del cuerpo de fray Juan de la Cruz llegó a Segovia a lomos de mulo en un baúl forrado de plomo. Del largo viaje por la provincia de Jaén, la Mancha de sur a norte y el paso de la sierra de Guadarrama no se tiene ninguna noticia, por lo que

debió hacerse sin que hubiera sucedido nada digno de contar. En Segovia el mutilado cadáver quedó expuesto en la iglesia de los descalzos, en una urna de cristal, tras una reja, vestido con el paño burdo, la capa blanca y cubierto de laurel. Los que lo habían conocido en vida se maravillaron al no advertir grandes cambios en el rostro de piel oscura, nariz levemente aquilina y ojos con expresión extraviada, como si mirasen, sin ver, a un punto lejano. Toda la ciudad y muchas gentes llegadas de los pueblos de alrededor y de más lejos, de Cuellar, Arévalo y Ávila, acudieron a rezar, a pedir favores y a venerar al santo fundador de la religión descalza.

Mucho tiempo después de estos sucesos los frailes de Úbeda, cuyo monasterio era ya el más importante de la ciudad gracias a las reliquias del *santo*, reclamaron a Segovia lo que habían enviado, y después de un largo pleito tuvieron que conformarse con el otro pie. Por otra parte, del convento de Medina del Campo se recibió la misma petición, con el argumento de que esa era la ciudad de su niñez y mocedad, allí había profesado en el Carmelo y allí había conocido a la madre Teresa y allí estaba enterrada su madre doña Catalina. Pero los frailes de Segovia rechazaron la petición, aunque accedieron a enviarles el brazo izquierdo, cuya

mano no tenía dedos, pues se los habían arrancado en Úbeda y una pierna —sin el pie, pues, como se ha dicho los dos se veneraban en la ciudad de su muerte. Así pues, el cuerpo quedó despojado de todos sus miembros, de manera que en Segovia quedaron la cabeza y el tronco.

Ya en vida muchas gentes de Castilla y de Andalucía tuvieron por santo a fray Juan de la Cruz y su virtuosa muerte acrecentó la devota veneración. Sin embargo, no fue beatificado hasta 1675 y pasó medio siglo más hasta que el Papa Benedicto XIII, en 1726, lo canonizó, es decir, lo elevó a los altares.

fin

